

El presente
que el psicoanálisis descubre

LUIS CHIOZZA
OXANA NIKITINA

El presente que
el psicoanálisis descubre

Acerca de
Psicoanalizar. Arte y teoría



libros del
Zorzal

Chiozza, Luis

El presente que el psicoanálisis descubre : acerca de psicoanalizar, arte y teoría / Luis Chiozza ; Oxana Nikitina. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Libros del Zorzal, 2023.

112 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-599-917-6

1. Psicoanálisis. I. Nikitina, Oxana II. Título
CDD 150.195

Diseño de tapa: Silvana Chiozza.

Imagen de portada: Juan Chiozza Parodi

© 2023. Libros del Zorzal

Buenos Aires, Argentina

<www.delzorzal.com>

ISBN 978-987-599-917-6

Comentarios y sugerencias: info@delzorzal.com.ar

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la editorial o de los titulares de los derechos.

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

Hecho el depósito que marca la ley 11723

Índice

Prólogo y epílogo	9
PRIMERA PARTE. Epistemología	13
Capítulo I. Psicoanálisis y ciencia	15
Capítulo II. El presente atemporal y el proceso terciario	29
SEGUNDA PARTE. La hipótesis Prometeo	37
Capítulo III. Fantasías hepáticas	39
Capítulo IV. Tres maneras de la vida	51
TERCERA PARTE. La hipótesis colmena	65
Capítulo V. Las redes	67
Capítulo VI. El complejo nodular	77
CUARTA PARTE. Hipótesis holográfica	89
Capítulo VII. Psicoanalizar, arte y teoría	91
Capítulo VIII. La interpretación inclusiva	103

Prólogo y epílogo

Cuando nos referimos a *El presente que el psicoanálisis descubre*, queda implícito que no se trata de “descubrirlo todo”, sino de adquirir una cierta y peculiar consciencia, quitando lo que cubre un “algo” particular que permanecía encubierto, generando la penuria que solemos atribuir a otros motivos.

Se trata, en cambio, de una tarea indeclinable cuyo “punto de urgencia” deriva de que no vale la pena postergarla, ya que, en otras palabras, nada de lo que pueda realizarse rendirá frutos mejores ni alivios duraderos que justifiquen su postergación.

La experiencia constituida por un proceso psicoanalítico nos enfrenta, de tres maneras distintas, con “ese particular presente” que el progreso del procedimiento nos conduce a descubrir.

En la primera de ellas, el logro que se alcanza, mediante el psicoanálisis, proviene de interpretar, entonces, de otro modo el presente cronológico, insertado entre un pasado y un futuro que “son” ahora, distintos del ayer, tal como en la actualidad los “vemos”. En la segunda, se valora un presente kairológico, cuyo trascurso ya no depende de lo que

marca el reloj, sino de la importancia de los acontecimientos que suceden. En la tercera, se accede a la consciencia de un presente “atemporal”, dentro del cual lo que ha pasado no ha terminado de operar, y lo porvenir ya ha comenzado actualmente su influencia.

La consciencia que adquirimos acerca de esos tres presentes distintos es un logro que proviene de la evolución del arte y la teoría implícitos en la forma de psicoanalizar. Luego de los errores que Freud revela en su epílogo del historial de Dora, la figura gigantesca de Melanie Klein realizó una contribución enorme al progreso de “la técnica”, propugnando el análisis permanente de la transferencia en el “aquí y ahora” de la sesión psicoanalítica. Sin embargo, tal como lo expresa Fideas Cesio en 1974 (en “Mi contribución al psicoanálisis”), dado que la interpretación en el “aquí y ahora” contradice la atemporalidad de lo inconsciente, “habría que encontrar” otra forma diferente, que armonizara con ella.

Prosiguiendo por ese camino, nos ocupamos, especialmente en la última parte de este libro, de la necesidad de sustituir las interpretaciones en el “aquí y ahora” por otras que incluyan precisamente aquello que al paciente le ocurre de manera ubicua.

Es necesario subrayar, sin embargo, que ha sido la práctica, más que la teoría misma, lo que nos condujo a modificar la forma de concebir la teoría y la comprensión de la repercusión “afectiva” de los significados de las palabras, más que la captación intelectual de los significados semánticos de las palabras.

También es necesario subrayar que, tal como lo expresa Carlo Rovelli (en *Che cos'è la scienza. La rivoluzione di Anassimandro* [Qué es la ciencia. La revolución de Anaximandro]), las “ideas” son hipótesis que nos conducen hacia las tesis que asumimos, y su destino consiste en preparar el advenimiento de otras, mejores, que se alimentarán de sus despojos.

¿Por qué en la tapa del libro, diseñada por tu hija, elegiste un paisaje, pintado por tu padre, en dos cuadros que lo muestran en el crepúsculo y la aurora?

Porque, mientras trabajo identificado con la prolijidad de mi madre, forman parte de mi presente atemporal mi padre, mi hija... en un libro dedicado a mi hijo, psicoanalista él también. Vástagos de mi matrimonio con Paula.

PRIMERA PARTE

Epistemología

Capítulo I

Psicoanálisis y ciencia

¿Qué es lo que te parece más singular de lo que escribís en Psicoanalizar, arte y teoría, comparándolo con los otros libros que has escrito?

En primer lugar, al contenido de este libro decidí sacarle todo aquello que hoy puede considerarse perimido, es decir, lo que tuvimos la necesidad de recorrer para poder descubrir que no otorgaba la posibilidad que prometía. En la teoría, para nada sirve insistir sobre los mismos errores. Tiene sentido, sin embargo, describir los jalones que ha recorrido la técnica psicoanalítica, no sólo porque, dado que continúan vivos en el psicoanalista que los ha incorporado, es mejor llevarlos a la consciencia, sino también porque hay veces en las que los avatares de la contratransferencia nos conducen a recurrir a ellos.

En segundo lugar, decidí no incluir nada que no fuera absolutamente esencial para cumplir con lo que quería transmitir. En otras palabras: el meollo de

lo que constituye el arte y la teoría que nos facultan para psicoanalizar.

En tercer lugar, pero no menos importante, dado que todo psicoanalista que se interese profundamente en lo que hace vuelve, como todo filósofo, sobre los mismos temas, si hay algo singular en las páginas que siguen, radica en contemplar lo mismo desde una concepción distinta.

¿Sobre qué temas volvés?

La reciente lectura de *Che cos'è la scienza. La rivoluzione di Anassimandro*, de Carlo Rovelli, me condujo a reconsiderar, desde un punto de vista distinto, el trabajo realizado durante muchos años en colaboración con un grupo de colegas, en la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), el Centro de Investigación en Psicoanálisis y Medicina Psicosomática y la Fundación Luis Chiozza.

Hoy, retrospectivamente, es posible identificar una hipótesis, que podemos denominar “hipótesis Prometeo”, en el contenido del libro *Psicoanálisis de los trastornos hepáticos* (publicado en 1963, cuando egresaba como alumno del Instituto de Psicoanálisis), que nos llevó a descubrir fantasías inconscientes específicas de los distintos órganos que nos constituyen.

Además, es posible reunir, en una “hipótesis colmena”, el conjunto de trabajos que no sólo nos condujeron a afirmar que vivimos “cableados” con nuestros semejantes y con los otros organismos vivos, en un ecosistema cuya inteligencia nos trasciende, sino también que, dado que somos seres pluricelulares, estamos constituidos por un ensamble de microorganismos procariontas que, dentro y fuera de nuestras células, ejercen las funciones que nos mantienen vivos.

También se puede, por fin, reunir en una hipótesis el conjunto de ideas que nos permiten concebir la “forma” en que existe una actividad que, entre todas aquellas que el hombre realiza viviendo, configura ese particular ejercicio que denominamos psicoanalizar. Elegimos designar a esa tercera hipótesis (acerca del psicoanalizar) “hipótesis holográfica”, porque, sin necesidad de detenernos en esclarecer cómo se produce “físicamente” un holograma, nos limitamos a utilizarlo como una adecuada metáfora, “sensorialmente rica”, de algo que “está ahí”, enfrente de nosotros, y que resulta, sin embargo, inaferrable.

¿Tres “nuevas” hipótesis, entonces?

La hipótesis Prometeo, la hipótesis colmena y la hipótesis holográfica condujeron hacia algunas de las

tesis cuya justificación, lejos de surgir de una anacrónica pretensión de verdad, debe buscarse en los desarrollos fructíferos a los cuales nos llevaron en los sesenta años transcurridos.

Es necesario comprender que, para la justificación de una teoría, importa más la cantidad de hallazgos valiosos que produce que su eventual comprobación. Gracias a lo que hoy llamamos hipótesis Prometeo, logramos importantes desarrollos sobre fantasías específicas de órganos distintos. En cuanto a la hipótesis colmena, nos ha llevado a reconsiderar la relación entre el yo, el ello y el superyó, que Freud a veces denominaba agencias y otras veces, instancias. Mientras que la hipótesis holográfica nos ayudó a mejorar el arte y la técnica de psicoanalizar.

La ciencia procede construyendo hipótesis que conducen hacia tesis. Reparemos en que siempre se ha pensado en una tesis como algo que reclamaba su demostración, pero los conceptos cambiaron. Recordemos, por ejemplo, que Karl Popper, el insigne epistemólogo, sostuvo que no existen teorías verdaderas, sino teorías mejores y peores según la cantidad de hechos que se pueden explicar con la menor cantidad de principios. Afirmaba que lo importante de una teoría no residía en su demostración, sino en que pudiera ser “falseada”. Es decir, que se pudiera explorar, encontrar sus errores

y formularla mejor. Podemos decir, entonces, que el destino de una buena teoría es su posibilidad de abrir una puerta que conduzca hacia su posterior sustitución.

¿Como hizo Freud, por ejemplo, con su metapsicología? ¿Podrías dar un ejemplo de una hipótesis y una tesis freudiana que hayan dado sus frutos?

A partir de Charcot, Freud sostuvo que la histeria no era el producto de una degeneración del sistema nervioso. Reparemos en que “neurosis” significa “en su origen” degeneración nerviosa, y “psicosis”, degeneración psíquica. Freud, en cambio, construyó una hipótesis sobre la neurosis, que dio lugar a un desarrollo fructífero.

Se suele decir que Freud es famoso por su descubrimiento de lo inconsciente, pero el descubrimiento de lo inconsciente no es freudiano. Ya san Agustín decía: “Lo sabes, pero ignoras que lo sabes”. La “originalidad” de Freud fue comprender que lo inconsciente, que permanecía reprimido, enviaba un retorno a la consciencia, y que ese retorno constituía el síntoma. Sostuvo la tesis de que el síntoma era producto de la represión y un “equivalente” que el sujeto había formado, con el cual sustituía, en la consciencia, el representante original que no podía soportar. De allí surgió otra tesis: si el representante

original vuelve a la consciencia, surge la oportunidad de reconsiderarlo y encontrar, tal vez, una solución que no pague un precio similar.

Hoy ya sabemos que la tesis freudiana, efectivamente, rindió sus frutos. ¿Podrías dar un ejemplo de una hipótesis y una tesis que vos hayas asumido y que haya sido fructífera?

Siguiendo la idea de Freud de que todo proceso algo importante arroja signos de su existencia al aparato mental, junto con otra de sus ideas, la de que el cuerpo entero era una zona erógena, pensamos que tendríamos que encontrar zonas erógenas, e inclusive primacías, más allá de las clásicas (que corresponden a las zonas erógenas en donde la piel entra en contacto con las mucosas).

Así apareció la idea de una fantasía intrauterina que, en lugar de ser solamente paradisíaca, como lo postulaba Arnaldo Rascovsky, también surgiera del hecho, incontrovertible, de que en la vida fetal había situaciones traumáticas que generaban puntos de fijación fetales. Sostuvimos, entonces, que entre ellos sobresalía un punto de fijación hepático prenatal.

De allí surgió la tesis, acorde con las ideas de Weizsaecker, de que, junto a las fantasías específicas genitales, anales, orales y hepáticas, la función

de cada órgano, con sus propias metas pulsionales, fuera en sí misma la expresión de una particular fantasía.

Esa tesis abría un campo enorme a la posibilidad de investigar, y la investigación obtuvo, efectivamente, nuevos hallazgos que cambiaron desde entonces los horizontes de la psicosomatología. Si una persona se enfermaba “en el hígado”, “en la piel” o “en el corazón”, ya no pensábamos, como el Freud “histórico”, que había que tener en cuenta tres “razones”: la debilidad constitucional de un órgano (“solicitud somática”), la determinación pretérita conservada en la memoria (“conversión mnemónica”) y la expresión simbólica (“conversión simbolizante”), inmortalizada en el historial de Isabel de R. Nos quedábamos, definitivamente, con esa última explicación que culminaría en 1938, cuando Freud expone las dos hipótesis fundamentales del psicoanálisis.

De allí surge la tesis: si una persona se enferma “en el estómago”, “en los huesos” o “en el cerebro”, “ya” no pensamos en un producto del azar o de las dos primeras condiciones que postulaba Freud (la solicitud somática y la conversión mnemónica), sino en un producto de fantasías “patológicas”, las mismas que determinaban, incluso, aquellas dos primeras condiciones.

De allí surge que el psicoanálisis es psicosomatología.

Volvamos sobre las mismas ideas. Cuando Freud escribió el historial de Isabel de R., postulaba tres mecanismos de “conversión” de un conflicto psíquico en un trastorno somático: la “solicitud somática”, en donde la elección del órgano se explicaba como una consecuencia de una debilidad preexistente; la “conversión mnemónica”, que se atribuía a las huellas mnémicas de un trastorno anterior; la “conversión simbolizante”, en la cual el trastorno se prestaba para representar en forma figurada las características de lo reprimido.

Recién en 1938, cuando sostuvo que el psicoanálisis se apoyaba en dos hipótesis fundamentales, la solicitud somática y la conversión mnemónica quedaron obsoletas y la conversión simbolizante adquirió la forma, más rotunda, de la segunda hipótesis, en la cual no ocurre una conversión de algo en otra cosa.

La segunda hipótesis contiene tres sentencias: 1) lo que llamamos cuerpo es lo psíquico inconsciente; 2) el “pretendido” o “supuesto” concomitante somático es lo verdaderamente psíquico, lo psíquico genuino; 3) hay que buscar un apreciación distinta para los procesos conscientes. La consciencia es un fenómeno que acompaña a lo psíquico inconsciente y que, en una enorme mayoría de las veces, está ausente.

Volviendo al tema de las hipótesis, las tesis y sus resultados, ¿has formulado algunas hipótesis sin haber formulado las tesis a las que conducen?

No sé, me parece que nunca lo he pensado así. Creo que muchas veces uno no formula hipótesis conscientes. Reúne argumentos y razones en pro y en contra de una idea que, más allá del grado de consolidación que alcance, no suele asumirse conscientemente como tesis. Dicho sea de paso, si una tesis que no acumula suficiente sustento se considera una hipótesis, una tesis “consolidada”, que se resiste a su falsación, debería ser una hipertesis, y es necesario admitir que hay tesis que perduran mucho tiempo.

Vayamos, ahora, a una concreta respuesta a tu pregunta. Cuando, a propósito del historial de Dora, escribo: ¿es casual que lo que Dora experimentó en su mano, como un fenómeno físico, durante la bofetada al Sr. K, explique el lugar del cuerpo (la localización en el espacio) en donde aparece la neuralgia facial, y lo que experimentó como una fenómeno psíquico, la noticia leída (ubicada en el tiempo) de que Freud había sido nombrado profesor titular, explique el momento en que ocurrió la neuralgia?, planteo entre signos de interrogación algo que, así formulado, es menos que una tesis, es decir, se trata de una hipó-tesis.

Lo cierto es que sobre ella no hemos trabajado; ha quedado abierta. Si luego de haberla explorado muchas veces nos hubieran quedado algunas convicciones que nos hubieran permitido predicciones acertadas o, mejor aún, una imagen coherente más completa acerca de la complejidad del mundo en que tales fenómenos trascurren, podríamos decir que esa hipótesis se ha transformado en una tesis con un cierto grado de consolidación.

Reparemos, dicho sea de paso, en que muchos médicos jóvenes, movidos por la impaciencia de descubrir algo “interesante”, se preguntan: ¿en qué podría investigar? Y la mayoría siempre recae en sectores como la farmacología, por ejemplo, donde trabaja una enorme concentración de personas que tratan de encontrar algo nuevo. Mientras sucede que la psicosomatología es muy poco explorada, aunque allí queda tanto por descubrir que hasta los investigadores torpes tropiezan con hallazgos.

Tal vez sucede porque no se comparte un esquema adecuado acerca del territorio que se puede investigar.

Es cierto que sin los anteojos adecuados no se divisa el terreno en donde abundan los bienes que se desea adquirir. A pesar de su creciente divulgación, y gracias a la “natural” banalización que acompaña a la

velocidad con que se ha difundido nuestra disciplina, muchísima gente culta y muy desarrollada, que ha hecho contribuciones muy importantes para la ciencia y el arte, posee un conocimiento muy escaso de la verdadera dimensión de la importancia que alcanzan el psicoanálisis y su consiguiente psicosomatología.

Freud formuló las dos famosas (o no tan famosas) hipótesis fundamentales, pero no formuló, junto con ellas, una tesis.

Aunque Freud las pronuncia como hipótesis, las adopta como tesis. Por eso se da el lujo de decir: “Rechazo enfáticamente el dualismo cartesiano”. Eso ya no es una hipótesis, es una tesis asumida, a través del enunciado de esas dos hipótesis fundamentales del psicoanálisis y mediante su proceder acorde con lo que científicamente sostenía.

Una tesis que dio lugar, después, a otras hipótesis y a otras tesis.

Las tesis “no están allí” para ser demostradas, como dijo Popper, sino para resistir a los sucesivos intentos de “falsación”. Una teoría sobrevive mientras no se la logre refutar. Cuando se la refuta, muere, de una manera “fructífera”, sustituida por otra, que la destruye “canibalizándola”, es decir, alimentándose con sus despojos.

¿Acaso el dualismo cartesiano no es una tesis? Y cuando Freud lo rechaza, enfáticamente, destruye esa tesis para generar las dos hipótesis fundamentales que dan lugar a otra magnífica tesis, psicopatológica, que sustituye al “anacrónico” dualismo cartesiano. Precisamente porque Freud comenzó por adoptarlo es que después pensó: “Esto no funciona así, funcionaría mejor con esta nueva tesis”.

Es un buen ejemplo de una tesis falsable.

Como dijimos, toda tesis muere alimentando a la tesis que la sustituye. Es lo que sucedió entre Newton y Einstein. Lo que Newton hizo fue necesario para que Einstein pudiera desarrollar la teoría que condujo a refutarlo.

Pero los conceptos de Newton no murieron del todo...

Tal como Einstein lo señala, las cosas que Newton afirma funcionan en nuestra vida cotidiana, y las que Einstein corrige, aunque son trascendentes, y en algún sentido son “más verdaderas”, sólo se registran en sectores en donde “cuenta”, en una magnitud suficiente, la velocidad de la luz. No fue casual que Einstein siempre conviviera con la foto de Newton sobre su escritorio. Cuando el alumno supera al maestro, lo supera gracias a lo que el

maestro le enseña y constituye lo que el alumno debe aprender para poder superarlo.

¿Por qué el psicoanálisis quedó tan aislado de los desarrollos de otras disciplinas?...

Porque es normal que no abunde una actitud muy particular que muy pocas personas alcanzan. La observamos en Freud, y también, por ejemplo, en Ortega y Gasset. Son personas permeables al conjunto entero de los desarrollos que, en las más diversas disciplinas, caracterizan a la cultura y a los logros intelectuales de la época a la que pertenecen. Y no ha de ser casual que la obra completa de Freud se haya traducido precozmente al castellano por encargo de Ortega y Gasset. Parafraseando lo que se ha dicho de la medicina, es posible afirmar que el que sólo sabe psicoanálisis ni psicoanálisis sabe.

Capítulo II

El presente atemporal y el proceso terciario

¿Qué significa presente?

Sabemos que con la palabra “presente” (derivada de sentado delante de mí y antónimo de ausente) nos referimos, en primera instancia, a lo que es aquí y es ahora.

Pero también aludimos con ella a un presente distinto. Un presente, inmutable, que podemos imaginar eterno, en el cual algo permanece “como siempre”, porque (al contrario de lo que sucede con las cosas que cambian) es y será, cada vez, como fue.

¿Esto se relaciona con la afirmación de que el origen está vivo en el presente?

Creo que sí, porque ese origen “vivo en el presente”, lejos de ejercer una influencia que, como sucede cuando pensamos en las causas, concebimos limitada por un tiempo cronológico (dividido en un

ahora, un antes y un después), la ejerce de manera continua sobre lo que está ocurriendo.

O sea que se trata de una idea que no tiene que ver, entonces, con la relación que suele establecerse entre la causa y el efecto. Es un origen que sigue formando parte de lo que existe en el presente.

Se trata de algo que sigue actuando, que se identifica con un origen que no ha cesado de ocurrir.

¿Es un presente, entonces, que contiene en sí mismo un pasado y un futuro?

Creo que cabe subrayar, además, que mientras el origen continúa ocurriendo, continuamente se ejercen. Es como si dijera: “El sol se continúa originando, como fusión atómica, en cada instante, y mientras tanto ejerce sus efectos”. Es decir que el origen, sin dejar de ser origen, es también un presente.

¿A qué te referís cuando afirmás, al comienzo del prólogo y epílogo, que “el presente, otorgándole un sentido al origen, es su único intérprete posible”?

Me refiero a que, cuando hablo del origen, lo voy a interpretar inevitablemente desde mi presente, porque no hay otra posibilidad.

¿Es la única posibilidad porque el pasado ya pasó?

No, el pasado no terminó de pasar, sigue vivo, pero el presente continúa poniendo cosas en eso.

¿Por eso en el libro escribiste un prólogo que también es un epílogo?

En primer lugar, porque, como ocurre siempre, lo escribí cuando el libro ya estaba terminado. Pero además porque es imposible saber, en cada cosa que diga, cuánto tiene de un prólogo que apunta a lo que viene y cuánto, de un epílogo de algo que ya fue.

No tiene que ver con el orden cronológico.

Es claro que no. El prólogo que escribo hoy es un epílogo escrito sobre un libro que ya se ha terminado, y el epílogo que el título del prólogo promete anticipa hacia dónde se dirige lo que el libro contiene.

¿Tiene que ver, entonces, con ese “presente atemporal” que el psicoanálisis postula?

Sí, creo que sí, y también creo que en la neuralgia facial de Dora, por ejemplo, se percibe muy bien el presente atemporal. Dora “ya sabía que vería” y “ya había visto”, en la cara de Freud, antes de

encontrarse con él, “esa” sonrisa, que viaja con la velocidad de un rayo. Una sonrisa de triunfo, revivida en cada hombre que logra conquistar a una mujer. La misma que Dora había visto en la cara de K y frente a la cual, sintiéndose envidiosa y humillada, quiso resarcirse logrando el fracaso de Freud.

En el prólogo y epílogo de Psicoanalizar, arte y teoría, aparecen dos conceptos: el proceso terciario y el presente atemporal. ¿Qué relación existe entre ellos?

Creo que ambos provienen de una misma evolución del pensamiento. Es más, el error de Freud... Cuando digo “el error de Freud”, quiero recordar que Einstein corrigió las conclusiones de Newton admirándolo y que tenía su foto sobre su escritorio. Hablamos del error “metapsicológico” de Freud, pero su error condujo a que, por fin, pudiera corregirlo. Una vez que hemos comprendido cómo el origen cartesiano de su pensamiento llevó, como desenlace, al presente de su “Esquema del psicoanálisis”, debemos partir del punto al cual llegó, sin volver a transitar ahora un camino perimido.

Eso ocurre, con frecuencia, cuando se insiste en recorrer su obra en una secuencia meramente cronológica.

¿Qué entendemos hoy, Freud mediante, por presente atemporal? Contemplándolo en el arte y la

técnica del psicoanalizar, conseguiremos atraparlo de manera vivencial.

Comencemos por decir que Fidias Cesio, en 1974, señala que incurrimos en una cotidiana contradicción entre el presente atemporal y las interpretaciones centradas en “el aquí y ahora”.

¿En qué consiste esa contradicción?

Se refiere, precisamente, a que un tiempo cronológico dividido entre pasado, presente y futuro, implícito en pensar en un “aquí y ahora”, en la transferencia que ocurre en la sesión psicoanalítica, es incompatible con la idea de un presente “atemporal”, mucho más “amplio”, en el cual el pasado no ha terminado todavía y el futuro ya ha comenzado.

Luego veremos que en ese asunto, al cual Cesio se refiere señalando que habría que pensar en una formulación distinta, hemos progresado. Pero, antes de referirnos a la forma de psicoanalizar, necesitamos señalar que postular la existencia de un proceso primario y otro secundario, como si el primero hubiera existido por sí solo, antes de la aparición del segundo, lleva implícito ignorar que ambos, funcionando juntos, constituyen desde el primer momento un proceso “terciario” (acorde con la idea de presente atemporal) y que, frente a la carencia de un nombre mejor, designamos de ese modo

“provisorio” (que proviene de haberlo descubierto en una “tercera” ocasión).

¿Es el orden, cronológico, en el que fueron descubiertos?

Los nombres “primario” y “secundario” contienen implícita la idea de que el proceso primario existió en un comienzo y el secundario constituye una adquisición posterior. Pero ¿qué ocurre con una ameba, que necesita reconocer, en un juicio certero, la diferencia que existe entre un tóxico y un alimento? Mientras actúa guiada por un impulso que la inclina hacia algo importante que la atrae (proceso primario), establece ese juicio (proceso secundario), de un modo en que funcionan ambos procesos integrados en ese “otro”, terciario, sin el cual la ameba moriría.

Gregory Bateson subrayaba el vínculo inexorable que existe entre importancia y diferencia. René Thom, en *Esbozos de una semiología física*, desde una disciplina diferente, se refería a lo mismo denominándolas pregnancia y saliencia.

Solemos decir que atribuir la importancia o la pregnancia (el proceso primario) constituye una inteligencia emocional, que asociamos con el corazón, y que establecer la diferencia o la saliencia (el proceso secundario) constituye una inteligencia racional que asociamos con el cerebro. En cuanto al

ligamen de una y otra (el proceso terciario), constituye una inteligencia práctica que la experiencia consolida, una sabiduría o “eficacia” que atribuimos a las personas y que asociamos con el hígado. Llegamos así a lo que repetidamente hemos señalado como las tres maneras de la vida.

Creo que Fidiás Cesio señala muchas veces que en lo inconsciente rige un presente atemporal.

Es un concepto freudiano que también fue destacado por Emilio Rodríguez. Immanuel Kant y José Ortega y Gasset han sostenido, como Freud, que el hombre no vive en el tiempo, sino que, por el contrario, el tiempo “vive” en el hombre. Un concepto que la física cuántica ha contribuido a enriquecer.

Se integra como la cuarta dimensión.

Una dimensión es una magnitud que puede ser medida. Pero sólo podemos registrar sensorialmente, en lo que denominamos espacio, tres dimensiones. Dado que una cuarta escapa a nuestra posibilidad de representación sensorial (sobre todo visual), es necesario comprender que el asunto se esclarece si tenemos en cuenta que se trata de factores que influyen en los acontecimientos. Sólo así adquiere sentido que se hable de once dimensiones. Benoît

Mandelbrot, en su *Geometría fractal de la naturaleza*, distingue, además, dimensiones intermedias entre las tres que constituyen lo que llamamos largo, ancho y espesor.

¿Podrías decir algo más sobre la frase: “El presente, otorgándole un sentido al origen, es su único intérprete posible”?

Espontáneamente, tendemos a pensar en el origen actuando sobre el presente. Pocas veces se nos ocurre que el presente puede alterar el origen. Esto deriva de la famosa “flecha del tiempo”, que no puede invertir la dirección de su avance. Podemos dejar de lado el hecho de que hoy esto se ha llegado a discutir dentro de la misma física (poniendo en crisis el segundo principio de la termodinámica y sosteniendo que hay ocasiones en que del caos puede surgir el orden) y limitarnos a esclarecer lo que preguntás de otra manera.

Lo que sea que diga sobre el origen siempre estará determinado por aquello que hoy soy en el presente. No hay otra posibilidad. Como muy bien lo dice Antonio Porchia en sus *Voces*, juzgaré toda mi vida desde un minuto, el minuto presente.

SEGUNDA PARTE

La hipótesis Prometeo

Capítulo III

Fantasías hepáticas

¿Cómo definirías la fantasía?

La palabra “fantasía”, lo mismo que “fantasma”, proviene de “Phantasos”, que significa “hijo o servidor del sueño”, y suele usarse como sinónimo de “imaginación”, como lo contrario de la realidad.

Dentro del psicoanálisis, la palabra “fantasía” llegó a adquirir mucha importancia. Esa actividad imaginativa, que representa realizaciones de deseos y que, dado que sucede durante nuestra vida de vigilia (más allá de lo que suele ocurrir mientras dormimos), Freud denominó “sueños diurnos”, fue asumida por Melanie Klein y su escuela como fantasías inconscientes que impregnan el vivir con un continuo fantasear (cabe recordar la importante y famosa contribución de Susan Isaacs, “Naturaleza y función de la fantasía”). La vida anímica llegó, entonces, a quedar representada por un continuo fantasear que, lejos de imaginar únicamente logros ideales, constituye muchas veces una actividad

psíquica que forma parte de lo que efectivamente se realiza.

Cuando, como psicoanalistas, queremos representar cuáles son las fantasías que forman la parte más importante de una sesión psicoanalítica, solemos decirlo de dos maneras diferentes. En una de ellas, asumimos que una sesión, toda entera, constituye una sola fantasía. En la otra, identificamos, en el transcurso de ese episodio de encuentro entre el paciente y su psicoanalista, una “serie” de fantasías que se van sucediendo.

¿Se podría decir que la persona entera es una sola fantasía y que podríamos verla en su totalidad o separar un fragmento?

Se podría decir que la vida anímica entera de una persona es una fantasía, pero en general separamos, en momentos sucesivos, fantasías distintas que se relacionan entre sí. De manera que el concepto de fantasías, más aún cuando reparamos en la importancia que les asignamos a las que consideramos inconscientes, es muy amplio.

¿Puede decirse que el proyecto de cómo se va a realizar una persona ya está contenido en los genes?

Suele pensarse que todo lo que se desarrolla en un ser humano ya está contenido, como fantasía inconsciente,

en los genes o en el ello, dándole una representación metafórica bajo la forma de una imagen visual. A veces, se utiliza la palabra “imago”, aludiendo con ella a una figura dotada con un componente afectivo. No cabe duda de que el recuerdo que un niño conserva de su madre es uno de los mejores ejemplos de lo que constituye la relación con una imago.

¿Qué relación tienen las fantasías con el cuerpo? ¿El órgano “corazón”, por ejemplo, es al mismo tiempo la fantasía “corazón” o la fantasía cardíaca?

Para responder esa pregunta, hay que recordar un punto fundamental que una y otra vez necesitamos subrayar. Lo que el psicoanálisis llama “cuerpo”, dice Freud inequívocamente, coincide con lo que denomina “psiquismo inconsciente”, el mismo psiquismo que, en sus palabras, de manera explícita, es el “genuino o verdadero”.

Por eso, si pensamos en una estructura corporal como el corazón o el pulmón, también estamos pensando en una fantasía inconsciente cualitativamente diferenciada, porque estructuras corporales diferentes son fantasías diferentes.

¿Qué significa afirmar que la idea y la materia son una misma cosa?

Materia e idea son dos maneras distintas de referirse a un determinado existente. Cuando se subraya o se presta atención a que algo se percibe mediante los “esquemáticos” cinco sentidos (lo que se huele, lo que se toca, lo que se gusta, lo que se oye, lo que se ve), suele decirse que es algo que se manifiesta mediante caracteres organolépticos. Entonces, puede afirmarse: “Esto es material”. Cuando, en cambio, trascurre privado de esos elementos sensoriales perceptivos, se habla de lo psíquico, de lo representativo, de lo ideal o de lo imaginario.

¿Lo que llamamos hepático, entonces, es también una fantasía?

Una fantasía particular que, desde un punto de vista, uno puede representarla fundamentalmente con el órgano “hígado”. Con todo lo que sabemos del hígado, el que vemos en la carnicería, el que vemos en la mesa de autopsia de un ser humano o en un animal descuartizado. Pero a medida que nos vamos aproximando, a medida que el ser humano fue estudiando el hígado, lo fuimos encontrando como una función particular que se relaciona con el metabolismo, y entonces se empieza a hablar de una función realizada por una célula hepática, distinta de la que realiza, por ejemplo, una célula renal. Entonces, en las células hay una función hepática, que

algunas de ellas, que conforman al órgano hígado, realizan mejor que otras que en otros órganos se dedican a otros menesteres.

¿Qué es lo que caracteriza, desde el psicoanálisis, a la función hepática?

Cuando un ser humano accede a la vida extrauterina, deja de recibir el oxígeno de la sangre materna y necesita obtenerlo del aire que respira a través de los pulmones. Durante su desarrollo intrauterino, cumple paulatinamente funciones metabólicas que antes eran realizadas por la estructura fisiológica materna. Si bien es cierto que dentro de la célula fetal se ejecutan funciones metabólicas, el feto recibe un alimento que ya está asimilado y transformado en sustancias proteicas homólogas con las de la madre. Sólo después del nacimiento adquirirá una identidad inmunitaria propia.

¿Qué relación existe entre la capacidad hepática y la capacidad de materializar?

La capacidad hepática se manifiesta en dos funciones que son fundamentales. Así como distinguimos la succión, como fantasía oral primaria, de la fantasía oral secundaria que se manifiesta en el morder, podemos diferenciar, dentro de las hepáticas (que ejercen

su primacía en un momento determinado de la vida intrauterina, en donde el tamaño relativo del hígado es tres veces mayor que en el adulto y es un órgano que ocupa casi todo el abdomen del feto), funciones primarias (hepatoglandulares, asimilativas) y secundarias (hepatobiliares, que son digestivas).

¿En qué consisten las funciones asimilativas hepatoglandulares?

Las proteínas que se ingieren como alimento son heterólogas, es decir, distintas de las que son propias de la persona que las ingiere. Para poder transformarlas en idénticas (o sea, homólogas), el organismo deberá, durante el proceso digestivo, descomponerlas en aminoácidos, y el hígado, sintetizar proteínas similares a las propias, asimilando esos aminoácidos.

Así, el embrión materializa en sí mismo las ideas heredadas que contienen sus genes, iniciando de ese modo el proceso de materializar los sueños, que expresan los deseos, en realizaciones en el mundo. Por eso, el Prometeo de Esquilo dirá: “Y fui el primero en distinguir, entre los sueños, los que han de convertirse en realidad”.

¿Qué sucede cuando la capacidad de materializar resulta insuficiente? ¿Qué sucede con las ideas que no se pueden materializar?

Cuando eso sucede, se requiere un duelo que permite elaborar la frustración que suele asociarse con fantasías de mutilación y sensaciones de despersonalización, intoxicación y descompostura, caracterizadas por el asco y la náusea. Porque es necesario admitir que nunca se podrá materializar todo aquello que se puede imaginar. Por eso Paul Valéry, en su *Eupalinos o el arquitecto*, escribe las siguientes líneas:

Sócrates: Te digo que he nacido siendo muchos,
y he muerto siendo uno solo.

Fedra: ¿Y qué se ha hecho de todos los otros?

Sócrates: Ideas.

Es importante reparar en que se trata de un duelo que se diferencia del “clásico”, necesario cuando algo se ha perdido en el mundo, ya que es dolor que corresponde a un duelo que llamamos “primario”, porque surge cuando, cada vez que elegimos materializar un proyecto, debemos inexorablemente aceptar algunas renunciaciones.

Cuando comenzaste a formular, en términos de hipótesis, algunas de tus ideas, el psicoanálisis de los trastornos hepáticos se transformó en la “hipótesis Prometeo”.

Prometeo, justamente, fue el primero en distinguir entre los sueños los que han de convertirse en

realidad. ¿Qué se hizo de los otros sueños? Proyectos duelados, y para hacer eso tuvo que realizar un esfuerzo hepático. Pero el verdadero y más grande esfuerzo de Prometeo no fue ese, sino que, por el contrario, surgió de materializar precisamente cuando sería placentero renunciar.

Resistir el tormento que el pico del águila renueva cada día simboliza la renuncia a las satisfacciones directas que las pulsiones le reclaman, encadenado a la roca. Es precisamente aquello que permite a Prometeo atravesar la tortura sin emitir un quejido que todos los días lo somete a ese duelo y a esa renuncia, porque cuando elige hacer algo está renunciando a las otras ideas. En ese drama hepático, sobre el cual la historia nos ofrece innumerables ejemplos, se encierra el enigma de la mortalidad del genio y la inmortalidad de su obra.

¿Cómo se podría expresar, resumiendo en palabras de la vida cotidiana, el drama hepático?

No se puede hacer todo, ni estar, al mismo tiempo, en dos lugares distintos. Es el “drama” del duelo primario: hacer una cosa lleva implícito renunciar a otra. Pero, precisamente por eso, pudo decir Goethe: “Amo a los que pretenden lo imposible”, porque con esa frase escueta nos aclara que un mismo color, el verde, unifica la envidia y la esperanza.

Describiste una primacía hepática prenatal, intrauterina. ¿En qué situaciones tiene lugar la regresión al punto de fijación hepático?

Freud representaba metafóricamente el progreso de la libido como el avance de un ejército que va dejando, en los territorios conquistados, un grupo de soldados que aseguran el dominio conseguido. Cuando las tropas que avanzan resultan insuficientes para continuar batallando, puede ser necesario retroceder hacia algún punto anterior para volver a ser fuertes.

En la evolución y el desarrollo de una vida que procede saludable, suelen quedar, sin embargo, “asignaturas pendientes” que pueden reclamar, cuando la vida arrecia, un retornar hacia atrás, antes de acometer de nuevo.

¿Qué trastornos o enfermedades suelen aparecer entonces? Cesio describió, por ejemplo, su concepción del letargo.

Cesio no se ocupó del letargo en su relación con lo hepático. Lo describió como un trastorno del dormir en el cual predominaban fantasías tanáticas asociadas con aspectos prenatales, “no nacidos”, del yo, cuya brusca integración exponía al peligro que la interpretación condujera a una “reacción terapéutica negativa”. Describió ese dormir patológico como una especie de modorra, penosa y tóxica, que

podemos vincular con un estado vagotónico, acompañado por una sialorrea que moja la almohada (y que en algunas películas se ha mostrado con mucha perspicacia). La descripción clínica del letargo y su esclarecimiento psicodinámico constituyeron una importante contribución psicoanalítica. Su posterior vinculación con la insuficiencia hepática, con el bostezo que con frecuencia la denuncia, y sobre todo su asociación con el asco, la náusea o, inclusive, con episodios de despersonalización, que se ocultan en el letargo, condujeron a indudables progresos en nuestra capacidad psicoanalítica.

Cuando una persona bosteza, ¿nos está comunicando, entonces, que hay algo que no puede elaborar o materializar?

Una situación traumática que no puede “metabolizar” o gestionar. Podríamos representarlo con la frase “hasta acá llegué”. Reparemos en que esto también sucede, por fuera de la interpretación de lo reprimido, cuando una persona escucha una conferencia que le interesa, y llega un momento en que se agota su posibilidad de acumular información, más allá del valor y la importancia que genuinamente le atribuya. Llegado a ese punto, primero comienza a distraerse, luego empieza a bostezar, y puede incluso suceder que termine somnoliento o dormido.

En el desarrollo de las ideas que conducen a lo que denominás “hipótesis Prometeo”, sostenés que hay un “polo” o aspecto visual del ideal del yo, a través del cual se incorpora una impresión, un estímulo que crea una “huella”, una forma que queda impresa mediante una inevitable destrucción parcial de ese dispositivo perceptor. ¿A qué te referís cuando decís “destrucción”?

Decimos “polo visual ideal del yo” y “polo hepático material del yo” para referirnos a un proceso que se concibe en dos partes. En una de ellas, “visual-ideal” (recordemos que “idea”, en su origen, significa “yo vi”), se introyecta una “imagen” que deja una “impresión”, una huella. Esa huella representa metafóricamente algo que se graba destruyendo una parte de la materia sobre la cual se imprime. En la otra, “hepático-material”, la huella se “rellena” construyendo algo que crece sobre la marca que dejó lo anteriormente destruido, como sucede con una cicatriz.

Capítulo IV

Tres maneras de la vida

¿Por qué decís que hay tres maneras de la vida?

Porque la experiencia muestra que vivimos cotidianamente con tres actitudes distintas. En lo que se refiere a nuestra inteligencia, por ejemplo, podemos distinguir entre una inteligencia racional, una inteligencia emocional y una inteligencia práctica.

¿La inteligencia emocional fue descubierta en 1970?

En 1970, la existencia de una inteligencia emocional se difundió entre lo que suele llamarse el gran público, pero ya estaba implícita en la importancia que Breuer y Freud asignaron a un acontecimiento para el cual necesitaron encontrar un nombre: “abreacción” del afecto. Es posible decir, entonces, que el psicoanálisis reparó en la vida emocional desde el primer momento. Cuando René Thom, creador de un modelo matemático para la teoría de las catástrofes, señala (en su libro *Esbozos de una semiología*) que

lo que se destaca como figura sobre un fondo, aquello que reclama nuestra atención en tanto se establece como una diferencia, constituye una saliencia, y que, entre las saliencias, algunas retienen la importancia que denomina pregnancia, coincide, desde los conocimientos que son propios de su disciplina, con los conceptos de Gregory Bateson sobre importancia y diferencia, que enriquecen los de Freud, sobre los procesos primario y secundario.

Es el ligamen entre proceso primario y secundario en un proceso terciario (que subrayamos en 1968) que constituye una sabiduría y eficacia que atribuimos a las personas, que se consolida a través de una inteligencia práctica y una capacidad de elaboración que, desde antiguo, se asocia con el hígado.

¿Qué sucedió con la inteligencia práctica, hepática?

Fue descubierta primero en el terreno artístico, como suele suceder. Thomas Mann, por ejemplo, escribió *Doctor Faustus. Vida del compositor alemán Adrian Leverkühn, narrada por un amigo*. La palabra *Leverkühn* en alemán significa (fonéticamente, aunque no según su ortografía) “hígado atrevido”.

¿A qué creés que se debe que lo hepático quedara desestimado en su significado inconsciente?

Entre las distintas maneras en que determinados significados se encubren, perduran, en parte, retoños de lo reprimido que condujeron a “redescubrir” y revalorizar las fantasías hepáticas. Desde esos retoños, “intuitivos”, surgió la posibilidad de incluir las fantasías hepáticas, junto a las emocionales, cardíacas, y las intelectuales, cerebrales, en tres maneras de la vida que son fundamentales. Sin embargo, aunque los conocimientos de la ciencia progresan, su difusión colectiva exige el trascurso de un tiempo que “explica” la desestimación de las fantasías hepáticas, arrolladas por la importancia que, frente a lo racional, adquirió lo emocional.

Esto tendrá que ver, seguramente, con la evolución de la conciencia humana...

La conciencia, como muy bien lo muestra Jean Gebser (en *Origen y presente*), es un dispositivo que se va complejizando en un continuo aprendizaje.

¿Cómo definirías la conciencia?

En su “Psicopatología de la vida cotidiana”, Freud define lo psíquico sosteniendo que coincide con lo que llamamos significado, y en 1938, en su “Esquema del psicoanálisis”, afirma que lo verdaderamente psíquico, lo genuinamente psíquico, es inconsciente,

y que habría que buscar una diferente apreciación para la consciencia. Si tenemos en cuenta que lo psíquico no define la consciencia, y utilizamos el término “meta” (como lo hacía Aristóteles con la palabra “metafísica”) para referirnos a lo que está “más allá” de la física, podríamos decir que la consciencia es “metapsíquica”, y que tampoco alcanza el significado para definirla.

Podríamos decir, en cambio, que la consciencia funciona como un “darse cuenta” de algo, como una noticia, y que, cuando es la “noticia” de un significado inconsciente, se establece como una especie de “copia” consciente. Se trata de una “copia” que puede substituir, de acuerdo con Freud, en un verdadero trabajo psicoanalítico que “resignifica” el significado que se hace consciente, o puede funcionar como una “doble inscripción”, un “reflejo especular” que conserva a lo inconsciente sin modificación alguna.

Muchas veces, citás el carácter conmovedor de las Voces, de Antonio Porchia, señalando que se refiere a voces, que son algo que se oye, con palabras, que se escriben. ¿Eso tiene que ver con la relación entre una consciencia auditiva y otra de carácter visual?

No cabe duda de que, si lo visual ilumina y clarifica, lo auditivo posee resonancia y cadencia. En un sentido similar, Antonio Machado (en *Proverbios y*

cantares) distingue entre dos formas de consciencia, en un poema conmovedor que reza así: “Hay dos formas de conciencia: / una es luz, y otra, paciencia. / Una estriba en alumbrar / un poquito el hondo mar. / Otra, en hacer penitencia / con caña o red, y esperar / el pez, como pescador. / Dime tú: ¿cuál es mejor? / ¿Consciencia de visionario / que mira en el hondo acuario / peces vivos, / fugitivos, / que no se pueden pescar, / o esa maldita faena / de ir arrojando a la arena, / muertos, los peces el mar?”.

Comprender la relación de lo que escribe con los desarrollos que en 2005 (en *La conciencia*) realizamos es algo muy diferente al género de comprensión que adquirimos cuando nos conmovemos.

Si a la manera de lo que Gregory Bateson llamaba un metálogo usamos el mismo poema para referirnos a los modos de comprenderlo, podríamos decir que en primera instancia nos conmovemos cuando esa poesía nos alumbraba un poquito el hondo mar, permitiéndonos mirar “peces vivo, fugitivos, que no se pueden pescar”. Si nos preguntan, en cambio, acerca del significado que posee el poema de Machado, podemos encaminarnos hacia responder “haciendo penitencia con caña o red”, entregándonos a “la maldita faena de ir arrojando a la arena, muertos, los peces del mar”, en un discurso verbal, sucesivo, propio del proceso secundario, racional.

Pero por fortuna la cuestión de lo auditivo no termina allí, porque dentro del ejercicio del lenguaje verbal existe la poesía, propia del arte literario y de una forma de consciencia que constituye un proceso terciario. Podemos decir, entonces, que la luz se refiere a la manera visual de la consciencia que contempla espacios complejos o escenas, en donde los objetos son percibidos en simultaneidad, mientras que la paciencia alude a una consciencia auditiva, secuencial, adjudicando palabras sucesivas a los acontecimientos que de ese modo, como si los fijáramos en formol, pierden la complejidad de su “estar vivos” y en perpetua evasión de todo concepto.

¿En qué se diferencia el significado de lo que se denomina información?

La computadora fue posible gracias al genio de Turing, que le permitió registrar significados en un sistema, que se denomina binario, porque se constituye mediante un conjunto de interruptores que se alinean en series y que sólo poseen dos posibilidades: estar encendidos o apagados. El registro de la “posición”, sí o no, de cada uno de esos interruptores es lo que se denomina un *bit* de información. Para registrar inequívocamente una letra, se necesitan ocho *bits*, y así se constituye un *byte*.

Es habitual que la cantidad de información se registre midiendo la cantidad de *bytes* que “ocupa”, pero es obvio que la importancia de un significado, su significancia, no depende de la cantidad de *bytes* necesarios para registrarlo. La diferencia entre información y significado se comprende fácilmente comparando lo que “contienen” un soneto de Shakespeare y la guía de teléfonos, aunque puede suceder que un dato obtenido de ese elenco adquiera una importancia extrema.

Entre los problemas que hoy se agravan, cabe consignar el constituido por el crecimiento de la información. Abundan los científicos que obtienen y registran datos; son muy escasos, en cambio, los que adquieren la capacidad para poder interpretarlos.

Volviendo a las tres maneras de la vida, sé que las relacionás con las tres hojas embrionarias.

Desde el punto de vista evolutivo, cuando se configura el embrión, aparece primero el ectodermo. Sucede cuando el embrión es una mórula, esférica y maciza, que se ahueca y se convierte en blástula. Cuando en una parte se hunde hacia adentro y se convierte en gástrula, el ectodermo, en el sector hundido, se convierte en endodermo. Luego, entre el ectodermo y el endodermo surge una tercera capa de células: el mesodermo.

A partir de estas tres hojas embrionarias, se desarrollan, en organismos de distintas especies, estructuras como corazón, hígado y cerebro, que son más complejas y que, como otras tantas “centrales”, enriquecen sus significados inconscientes.

Los antiguos distinguían tres formas del saber. El saber intelectual, lo que se capta por lo que se dice (*scire*). El saber emocional, que proviene de lo que se ha saboreado alguna vez (*sapere*). Y el saber consolidado, frente a lo que se ha experimentado muchas veces (*experire*). Vemos así las diferencias entre “explicar” (aunque no se pueda comprender o creer), “comprender” (aunque no se pueda creer o explicar) y creer (aunque no se pueda explicar o comprender). Son tres maneras que suelen ser simbolizadas por el cerebro, el corazón y el hígado y que iluminan algunos desequilibrios de la inteligencia que constituyen, hoy, trágicos puntos de urgencia. Tendemos a sobrevalorar lo intelectual como estrategia, a interpretar que lo emocional debilita y que disminuir el esfuerzo otorga una ventaja.

Entre esos desequilibrios del trilema que obliga a armonizar el corazón de Edipo con el hígado de Prometeo y con el cerebro de Narciso, podemos mencionar al joven con mucho corazón y cerebro que, exento de una inteligencia práctica, fracasa en la ejecución de sus proyectos y sufre de hepatitis.

O al empresario con mucho hígado y cerebro, que exento de suficiente corazón realiza una familia desastrosa. O, también, a la mujer que suelta su corazón sin usar la cabeza y sufre un destino que no logra razonar, y debe realizar, para vivir, un esfuerzo hepático excesivo.

No cabe duda de que el corazón es un símbolo privilegiado que se usa con mucha frecuencia para aludir al sentimiento.

Dado que el corazón que conoce el fisiólogo es más diferente del que conoce el cardiólogo de lo que a ambos les gustaría admitir, y más diferente aún del que conoce el poeta o del que conoce el enfermo, se justifica que, alguna vez por lo menos, hablemos de lo que todos ellos tienen en común, es decir, de lo que desde el psicoanálisis llamamos cardíaco.

No sólo se trata del sentir, que siempre se subraya; también se trata del recordar (por su etimología, “volver al corazón”, y muy distinto del recordar, y del presentir, que en los usos del lenguaje se relaciona con el palpitar). Es importante reparar en que, como decía Pascal, “hay razones del corazón que la razón no entiende”. También, que el ritmo “marcapaso” de su latido se repite en las palabras bisilábicas con las cuales todo bebé inaugura su lenguaje, y se presta para representar, en la variabilidad de sus cadencias,

el “tono afectivo” que tiñe los distintos momentos del proceder y del suceder representando un tiempo primordial, kairológico, que cualifica el instante que se vive, siempre, entre la nostalgia y el anhelo.

Por último, desde la sensibilidad, la concordia o la misericordia, que atribuimos a la estructura “coronaria” de un corazón magnánimo, surge la representación del corazón sublime, el mismo que, a partir de los afectos, representa los valores, evocados en la liturgia religiosa que se realiza en torno al cáliz sagrado.

No ha de ser casual que el corazón del naipe francés se transforme, en las cartas españolas, en las copas.

¿Y qué podrías decir acerca de la manera hepática en que “se vive” la vida?

Shakespeare hace decir a su Próspero que estamos hechos de la substancia de la que están hechos los sueños. La substancia de la que estamos hechos, la “psicología” implícita en la configuración de nuestras vísceras, es alma sin dejar de ser materia. Un enorme reservorio de alma acerca del cual nuestra conciencia sólo conoce una ínfima parte. Cuando el Prometeo de Esquilo dice: “Fui el primero en distinguir, entre los sueños, aquellos que han de convertirse en realidad”, no sólo vemos, en esa gesta prometeica, el camino de los sueños que pugnan por su realización,

comprendemos, también, que su experiencia le permite distinguir lo realizable. Su hermano Epimeteo, en cambio, el soñador ocioso, es “el torpe, que no reflexiona hasta después de obrar”.

El hígado se asocia con la melancolía, cuyo nombre deriva de la bilis estancada y negra (*melanoscolia*), el humor cuyo sabor amargo otorga el nombre de amargura a un estado anímico que trascurre impregnado por el pesimismo. El tormento que, en un Prometeo encadenado, ejerce el pico del águila sobre un hígado que no cesa de crecer simboliza el reiterado y fracasado intento de satisfacer en una sustancia orgánica ajena las pulsiones destructivas y tanáticas que se renuevan cada día. Esa profunda sensación de carencia, simbolizada en lo que, al decir de Unamuno, es “un hambre atroz que nunca se le apaga”, suele generar un estado regresivo de descompostura, un estado tóxico y letárgico, impregnado, en las situaciones extremas, por el asco y las náuseas. Frente a él, el ejercicio de la envidia constituiría la expresión de una “saludable” esperanza, aquella que todavía se conserva en el fondo de la caja de Pandora.

Nos queda referirnos, ahora, a nuestra manera cerebral.

Aunque puede decirse que lo cerebral culmina en la existencia del cerebro que se localiza en el cráneo,

la esencia de las funciones que desde el psicoanálisis llamamos cerebrales ya se encuentran (lo mismo que las hepáticas o las cardíacas) en el ejercicio de los procesos celulares. En otras palabras, la célula no solamente siente y hace, sino que además, para poder percibir, piensa e interpreta (recordemos que los procesos primario y secundario, es decir, investidura y discriminación, deben funcionar en la célula para poder distinguir entre un tóxico y un alimento).

Sabemos que percibir es interpretar. Que sólo puede verse un promielocito en la platina de un microscopio cuando ya se sabe qué es lo que “hay que ver”. Y que, como sucede con una simple naranja, gracias a un registro estadístico inconsciente, “vemos” un tornado completo mientras sólo estamos registrando su mitad del frente. Funcionamos, entonces, gracias a que nos regimos por un principio automático, que se denomina de la *pars pro toto*. El mismo que nos conduce a percibir el perro debajo del sofá cuando sólo se divisa una de sus patas.

Susan Langer, en un libro que ha recibido merecida fama, *Nueva clave de la filosofía*, se ocupó de distinguir, dentro del ejercicio simbólico por obra del cual utilizamos un existente para referirnos, aludir o representar a otro, dos tipos de “referentes”: unos que constituyen, en sentido estricto, “signos propiamente dichos”, que indican una presencia

(como el licor de Fehling indica la presencia de glucosa en una muestra de orina), y otros que, en sentido estricto, son “símbolos propiamente dichos”, que representan una determinada ausencia, como sucede cuando una fotografía de un niño desaparecido nos arranca una lágrima. Pero algo muy significativo ocurre, además. Gracias al principio de la *pars pro toto*, vigente en el fenómeno que denominamos transferencia, podemos revivir, con una intensidad insospechada, una presencia en ausencia, que necesitamos imprescindiblemente “resentir” para continuar procesando acontecimientos que perduran como “asignaturas pendientes”.

Nos encontramos, pues, como nos ha sucedido ya con las fantasías cardíacas y con las hepáticas, con dos tipos de fantasías cerebrales. Unas, primarias, que perduran como fantasías constituidas que se consideran perdurables y vigentes, y otras, secundarias, que provienen de la resignificación de las primeras. Acerca de las anteriores, decimos que repetimos “en lugar de recordar” o asumimos que no es necesario recordar. Acerca de las últimas, diremos, siempre de acuerdo con Freud, que nuestras supuestas repeticiones suelen ser reediciones modificadas, una y otra vez, mientras vivimos.

Es importante aclarar que un mismo anuncio, en el borde de una ruta, que señala la existencia de una

estación de servicio a 1.500 metros será un indicador de presencia si nos trasladamos en automóvil a 100 kilómetros por hora o un representante de ausencia si lo hacemos caminando.

TERCERA PARTE

La hipótesis colmena

Capítulo V

Las redes

Como ocurre con otros superorganismos, como el hormiguero y el bosque, sabemos que la inteligencia de la colmena no está en la abeja. ¿Dónde dirías que “reside” la inteligencia de la “colmena” humana?

Existe “entre” los seres humanos, sin localizarse en ninguno, sin poder ser integrada en una sola persona, como existe, en la relación que mantienen entre sí las neuronas, el funcionamiento cerebral.

¿Pensás que las ideas que conducen a la hipótesis colmena dan lugar a una tesis que se justifica por sus resultados?

Pienso que sí, porque la hipótesis colmena nos permite tener una actitud menos caprichosa y omnipotente frente a los sinsabores que nos depara la convivencia humana. Cuando nos quejamos de nuestra sociedad, pretendiendo que “los otros”, en su conjunto, constituyen la fuente de donde

proviene los disgustos que nos perturban la vida, solemos olvidarnos de lo que nos ocurre con otras estructuras, igualmente colectivas, como, por ejemplo, los grupos de pertenencia o la familia.

¿Se aplica sólo a la vida? ¿Qué sucede con el mundo llamado inorgánico, que no se considera vivo, pero que está en contacto continuo con la vida? ¿En dónde se encuentra el límite entre lo mineral y lo vivo?

No sabemos en dónde se encuentra ese límite. De hecho, se discute cuando se trata, por ejemplo, de los virus. Pero sabemos, en cambio, que hay ideas como la hipótesis Gaia, que sostiene que la Tierra constituye un planeta que, como una gigantesca célula, está vivo, que hoy la ciencia asume “en serio”. En otras palabras, a lo que más se parece el planeta entero es a lo que ocurre dentro de las células que examina el biólogo. Si se contempla la geología “tradicional” desde la hipótesis Gaia, es posible pensar que nos hemos “olvidado” de que, en los organismos vivos, encontramos transformaciones fisicoquímicas que consideramos minerales.

Muy por el contrario de lo que suele pensarse, los procesos estructurales dentro de una pequeña célula, que sólo puede verse a través de un microscopio, son tan complejos como los que ocurren, por ejemplo, en la entera isla de Manhattan.

En un video muy conocido, se parte de una mujer acostada sobre la hierba de un prado, y desde allí, con un inmenso zoom, se agranda la imagen para incluir el sol, las estrellas y las galaxias. Luego, invirtiendo el zoom, se la reduce, enfocando la cara, el ojo, la pupila, hasta llegar a los átomos y las partículas atómicas que imaginamos.

¿Qué aporta la hipótesis colmena a la teoría psicoanalítica? ¿Por qué es importante pensar de esa manera?

Porque permite comprender que, cuando analizamos a un paciente acostado en el diván, nos estamos introduciendo, a través de esa “ventana”, en un poliedro formado, en primera instancia, por su familia, luego por su grupo de pertenencia, por el conjunto de la gente que habita el lugar en donde reside, la ciudad en donde vive y, en última instancia, la ecología del planeta, con árboles, elefantes, peces y pájaros, hasta llegar por fin al ecosistema.

¿Pensás que la consciencia de sí mismo es inseparable de la vida?

Es lo que piensan muchos científicos que se han dedicado a la biosemiótica, una disciplina que se ha desarrollado como una rama muy importante de la

biología. Sostienen que la conciencia de sí mismo es inherente a la sustancia viva.

Podemos decir que, aunque rechazamos ese pensamiento, como si fuera un prejuicio “animista”, en realidad lo compartimos. Porque, si vemos en el lavatorio de un baño una cucaracha y tratamos de ahogarla “perversamente”, desviando sobre ella el chorro de la canilla, sabemos que la cucaracha la está pasando mal y que decir que su biología es puro mecanismo es una estupidez. Vale la pena recordar que la esencia de todo mecanismo es dirigirse hacia una meta, que no hay una sola máquina que no lleve dentro de sí, en su diseño, una finalidad. Una máquina será para afeitarse, otra para pulir el piso, y no habrá ninguna que no haya surgido de un propósito. ¿Tenemos en cuenta la barbaridad que implica sostener que la fisiología no es otra cosa que un “puro” mecanismo exento de cualquier “psicología”? ¿Y que la psicología supone la aceptación de ese propósito que también llamamos “intención”? ¿Prestamos suficiente atención al hecho de que, si todo mecanismo supone esa intención, carece de sentido sostener que existen seres vivos que, siendo únicamente mecanismos, carecen de psiquismo y son sólo el efecto de una causa?

¿Todas las relaciones están estructuradas como redes?

Obviamente, hemos identificado otros tipos de relaciones, como la estructura arborescente o la de continente y contenido, una estructura como la de la cebolla, que también se encuentra en los fractales, “dentro” de los cuales siempre se repite el mismo patrón. Es importante ver esto mismo en lo que denominamos “contagio”, pariente de lo que llamamos “influencia”, y la inconmensurable repercusión implícita en el vínculo que existe entre el “reconocimiento inmunitario”, no sólo frente a los gérmenes, sino además, y sobre todo, frente a las ideas. Eso nos conduce a comprender que la complicidad que lleva al contagio, tanto como la resistencia a la enfermedad, es el producto de una tolerancia o un rechazo que suele operar, de manera inconsciente, no sólo frente a los gérmenes, sino además, y sobre todo, frente a las ideas, que a veces se vuelven “virales” y otras veces se destruyen o se descartan *a priori*, como “simples” productos de prejuicios superados.

En la afirmación de que sólo se puede ser siendo con otros, se halla implícita, entonces, la hipótesis colmena.

Porchia, con su genial concisión, lo expresaba diciendo: “Nadie es producto de sí mismo”. Desde un punto de vista “macro”, podemos decir que vivimos

“cableados” con nuestros congéneres y también con los otros seres vivos que integran la trama ecológica. Desde el otro punto de vista, el micro, que estamos constituidos por un ensamble de billones de seres microscópicos que han “decidido” trasladarse juntos.

¿Por qué suele hablarse del dilema de las redes?

Porque, si bien es cierto que pensamos que las construimos, no cabe duda de que, de manera cada vez más acelerada, se independizan, y que lo que ya están haciendo, desde su modo de interpretar lo que les hemos “pedido”, trasciende nuestros propósitos de una manera insospechada, desconocida, incomprendible e imprevisible. Se estima que el 60% de la información que las redes informáticas guardan es inaccesible para los seres humanos.

Norbert Wiener, a quien se considera el creador de la cibernética (en *Dios y Golem S.A.*), lo expresa relatando un cuento, “La garra de mono”, que funciona como una metáfora. En un cierto sentido similar escribió Sturgeon *Los cristales soñadores*. Cuando soñaban, unos seres creaban organismos sin el propósito de terminarlos de manera armónica y sin importarles que fueran monstruos incompletos. En “La garra de mono”, que representa un talismán que cumple tres deseos, Wiener demuestra

que (así como quien nunca haya poseído un oído que le haya dolido no comprenderá lo que un dolor de oído significa) ningún dispositivo que no posea en cuerpo y alma la estructura completa de un organismo humano podrá jamás interpretar un significado humano.

¿Es lo que está sucediendo ahora con la inteligencia artificial?

Sí, es así, justamente por lo que demuestra Wiener, porque para comprender un significado humano, es imprescindible ser completamente humano, en cuerpo y alma.

Nos enteramos de que, usando las redes, nos convertimos en usuarios, adquirimos un valor en el mercado, y que puede decirse, entonces, que somos “procesados”. Pero ¿cabe preguntarse quiénes nos procesan? Creo que sostenés que no se trata solamente de la insensibilidad de las empresas o de la ausencia de una intervención adecuada del Estado.

Comencemos por señalar, como se ha hecho, que un árbol o una ballena, hermosos en su hábitat natural, cuando son “procesados” con un criterio “utilitario” adquieren un valor “de mercado”, que supera en mucho al anterior. Puede decirse que, en

principio, esto ha comenzado como producto de ambiciones descarriadas, y que luego somos procesados por redes que ejercen factores que escapan del control humano.

Hay animales, como la cucaracha y el ratón, por ejemplo, que son “diseños” de la naturaleza muy bien logrados, que alcanzan un alto grado de supervivencia. Pero no todos exhiben esas cualidades. Hay otros que no lo son, como creo haber leído que sucede con el langostino, en el que la ubicación del cerebro, cercano al esófago, conduce a pensar que puede tener dificultades para alimentarse en épocas de escasez.

En la película El planeta prohibido, perdura una máquina, construida por una civilización hoy desaparecida, los krell, que no sólo materializa los deseos conscientes, sino también los inconscientes.

Dado que Freud aclara que lo inconsciente, tal como lo demuestran los actos fallidos, también tiene acceso a la esfera motora del yo, la máquina de los krell se presta muy bien para representar una capacidad de realizar materialmente, que incluye también la materialización de algo cuyo deseo permanece inconsciente.

Es decir que, para que se realice algo, no hace falta que sea consciente asumido, y las redes, como la máquina de los krell, cumplen, muchas veces, con esa función.

Las redes han logrado hacer cosas que el hombre no hubiera querido llegar a realizar. Pero, de alguna manera, están en su designio inconsciente...

Capítulo VI

El complejo nodular

¿Qué elementos forman parte del complejo de Edipo?

En primer lugar, señalemos que el complejo de Edipo plantea una situación insoluble. El niño establece una relación emocional con su madre, que llamamos erótica por el dios Eros (Cupido entre los romanos). Un enamoramiento que se manifiesta como un deseo que configura un intenso atractivo y que le genera, frente a su progenitor del mismo sexo, dos conflictos. Por un lado, se encuentra con un enemigo que obstaculiza su relación con la madre y, por el otro, litigan, dentro del niño, el odio y el amor hacia el padre.

¿Y en el caso de la niña?

Comienza de la misma manera. Como sucede con el niño, desea a la madre, y el padre es rival. Más adelante, el niño querrá ser el padre, para tener a la madre, y la niña querrá ser la madre, para tener al

padre. Eso no quita que cada uno de ellos, el niño y la niña, lleve dentro de sí, junto al complejo de Edipo que corresponde a su sexo, una cierta cuota del complejo invertido (que, a veces, se ha llamado negativo) que corresponde al sexo complementario (que me resisto a denominar opuesto).

¿De dónde proviene la persistencia de ese conflicto que se repite a través de los siglos?

Creo que sucede porque deseamos una relación exclusiva. Cabe preguntarse por qué pensamos que el único amor verdadero es aquel que no sólo nos coloca en prioridad primera, sino que incluso hace algo más, excluye o, peor aún, mata a un tercero. Pero es una pregunta que se devora a sí misma, como la famosa serpiente que se muerde la cola. Tiene que ser exclusivo, justamente, para que no aparezca el rival, un rival que sólo existe porque existe la necesidad de la exclusividad en el amor. Todo eso sucede por la existencia del complejo de Edipo, que prohíbe el incesto y, al mismo tiempo, lo excita.

El complejo que Freud denominaba “nodular”.

Recordemos el desconcierto de Freud. Cuando creíamos tener, dice Freud, varios motivos, biológicos, sociológicos o culturales, para justificar el

horror al incesto, nos vemos obligados a subscribir la resignada confesión de Frazer (el autor de *La rama dorada*), no encontramos ninguno convincente y, lo que es peor, no sabemos siquiera en dónde podríamos buscarlo. También señala que la ley no necesita prohibir aquello que la naturaleza castiga.

Sucede lo mismo, y no por casualidad, cuando queremos encontrar un motivo que justifique el deseo edípico de un amor que, más que prioritario, debe ser exclusivo. Debe excluir a un rival que odio y, al mismo tiempo, necesito, porque es el único que, “brillando por su ausencia”, puede generarme la sensación de triunfo que añoro y deseo intensamente.

Agreguemos que, cuando en 1977 escribimos “El falso privilegio del padre en el complejo de Edipo”, subrayamos que el padre no prohíbe al hijo, como este prefiere injustamente sostener, algo que el padre realiza, ya que el padre se acuesta con la madre del hijo, pero no se acuesta con la suya. Muy por el contrario, disipando el equívoco que los convierte en rivales, padre e hijo podrían sentirse hermanados frente a la prohibición del incesto que les impone la cultura. Una cultura esencialmente humana, ya que no existe en animales que, de acuerdo con Freud, poseen superyó, como los perros, que no evitan, pero tampoco prefieren, el coito “consanguíneo” o

endogámico que, cuando sucede en los seres humanos, denominamos incesto.

Pero no todo lo que se prefiere se prohíbe.

Muchas veces, sin embargo, se evita lo que se prefiere transformándolo equivocadamente en dañino, porque se simbolizan de ese modo otras prohibiciones, como, por ejemplo, la realización del incesto. Es obvio que todo enamoramiento contiene la transferencia inconsciente de una relación incestuosa y, en tanto tal, es cómplice de la envidia o de los celos que genera en el entorno. También ocurre, con frecuencia, una situación en la cual un hombre puede asumir la fantasía de una posesión absoluta, frente a su mujer, que suele entrar en crisis cuando ella se embaraza y nace un hijo. Nada tiene de extraño que una mujer a veces utilice a su hijo para poner celoso al marido.

¿Y qué podríamos deducir de todo esto?

Que esto parece llevar implícito un gran malentendido trabado, de tal forma, en que una cosa conduce a otra generando un círculo vicioso.

¿Qué relación has encontrado entre el incesto y el cáncer?

Suele pensarse que el incesto engendra una proge-
nie monstruosa o, también, de manera inconscien-
te, que el cáncer es un castigo por “pecados” que, en
última instancia, remiten a la realización del ince-
sto. Mientras, por un lado, surge la fantasía incons-
ciente de que el cáncer es el castigo que correspon-
de al incesto, por el otro, como parte de esa misma
fantasía inconsciente, se llega hasta el extremo de
creer que con la consumación material del incesto
se evita la enfermedad cancerosa.

La investigación psicoanalítica (que expusimos
en 1967 en “El contenido latente del horror al
incesto y su relación con el cáncer”) condujo, sin
embargo, a comprender que en el horror al incesto
se esconde, en cambio, el horror a un crecimiento
celular asexual y anárquico que se opone a la in-
tegración de la célula cancerosa en un organismo
pluricelular. El cáncer, contemplado desde el orga-
nismo que lo “aloja”, corresponde a una excitación
tanática cuya intensidad supera la posibilidad de
integración como parte de un organismo. De allí
surge la fantasía de encontrar en la consumación
del incesto la gratificación absoluta en una relación
erótica de una intensidad equivalente. Se trata de
una fantasía omnipotente, dado que Tánatos existe,
y todo organismo, desde su concepción, desde que
inicia su vida, comienza a morir.

¿En dónde reside, realmente, el crimen edípico?

Tal como lo expresamos en 1983 (en “Reflexiones sin consenso”), Garma sostiene que Edipo en realidad no era hijo de Layo y Yocasta, sino que así se simboliza cómo se proyecta, sobre situaciones exogámicas, una vivencia incestuosa que determina una inhibición neurótica de la genitalidad. De ese modo realiza una labor ejemplar, insólita y esclarecedora. Uno no puede menos que preguntarse, como sucede con algunos trabajos de Freud, ¿cómo esto no ha sido visto antes?

El procedimiento que lleva a la creación de una historia (en este caso, la leyenda de Edipo) no es una historia, sino metahistoria. La trascendencia de la metahistoria que revela Garma conmueve, porque lleva implícito que el complejo de Edipo es una fantasmagoría que oculta y alude, en forma engañosa, a otra versión.

Si lo que manifiestamente se describe no es el verdadero crimen, si no es el asesinato del padre y el incesto con la madre, ¿cuál es? Simplificando, es posible descubrir una línea A, según la cual se trata de una fijación incestuosa hacia la madre acompañada por una prohibición paterna odiada que proviene de un padre que es amado. Y una línea B, en la cual hay sufrimiento, protesta, dolor y un sentimiento de injusticia frente a ese conflicto “clásico”.

Podría decirse que la línea B es una mera consecuencia de la A. Sin embargo, la línea A no existe por sí misma, proviene de una reflexión que parte de la línea B, porque sin el sufrimiento de los celos no hay conflicto.

Y los celos... ¿de dónde provienen?

La palabra “envidia” ha dejado de ser usada, en castellano, como representante de un deseo honesto y sólo retiene su significado como deseo de destruir el bienestar ajeno que nos conduce a resentir una particular carencia. El celo, en singular, alude al cuidado que se dispensa a lo que se ama, mientras que los celos, en plural, denuncian el sufrimiento que produce tener que compartir el amor que se recibe. Con frecuencia, recurrimos al concepto de los celos para esclarecer otras situaciones, pero la existencia de ellos, en sí misma, no suele ser objeto de nuestras reflexiones. ¿Por qué le duele a un hombre, en nuestra cultura, que otro se acueste con la mujer que ama? Solemos afirmar que el dolor ocurre porque se revive la situación edípica. ¿Como si supiéramos por qué duele la situación edípica! Por otro lado, los celos se apoyan en una “deshonestidad” negada, que consiste en tratar de convencer a quien se ama de que constituimos su mejor opción, cuando nuestros celos se apoyan en nuestra íntima convicción de que es mentira.

¿Cómo se supera la situación edípica?

En “El sepultamiento del complejo de Edipo”, Freud sostiene que “sucumbe a la represión” a raíz de las dolorosas desilusiones recibidas. Se iría “a pique” (al fundamento inconsciente) como resultado de su “imposibilidad interna”, y desaparece por obra de la evolución madurativa, como los dientes de leche. Pero también sostiene que la amenaza de castración que acompaña a la formación del superyó es lo que envía al fundamento las investiduras edípicas. Si el yo no ha logrado mucho más que una represión, aclara, el complejo subsistirá inconsciente, en el ello, y más tarde exteriorizará su efecto patógeno. Por fin señala que, si bien no ve razón alguna para denegar el nombre de represión al proceso, más que una represión, equivale, cuando se consuma idealmente, a una destrucción y cancelación del complejo. Se trata, como es obvio, de explicaciones que se contradicen entre sí.

Sin embargo, es posible considerar un sepultamiento distinto, acerca del cual no me atrevo a predecir su desenlace futuro. Un verdadero sepultamiento, aquel que corresponde a un muerto duelado que no resucita, debería ser otro, un sepultamiento que afectara a las fuentes metahistóricas del complejo de Edipo, y se acompañaría de un cambio en la leyenda que comportaría consigo una

transformación de naturaleza y cultura. La represión, entonces, no sería necesaria, porque, tal como lo encontramos en algunos ensayos de ciencia ficción que escribe Sturgeon, la prohibición del incesto desaparecería de la consciencia pública junto con la tentación que la acompaña.

Acordes con la evolución que condujo a Freud a substituir el dualismo cartesiano por las dos hipótesis fundamentales, podemos abandonar la tópica, la dinámica y la economía, propias de la metapsicología, por un enfoque metahistórico que nos lleva a comprender que el cáncer es una formación anárquica cuando se la contempla desde el organismo pluricelular que lo padece, pero que, como es obvio, funciona desde un “orden interno propio” que ya reconocemos, implícitamente, cuando lo concebimos como el desarrollo de una fantasía particular y específica.

Podemos preguntarnos, como Weizsaecker frente a un enfermo, o como un padre cuando dos de sus hijos se pelean, ¿quién empezó? ¿Fue Edipo, fue Layo o fue el destino? Pero además, y ante todo, ¿qué significa esto? ¿Debemos acaso detener la vida, que implica un permanente juicio, hasta no haberlo decidido?

Aunque parezca obvio, es un complejo, es decir, una riquísima temática histórica en la cual una

estructura básica ofrece múltiples variantes y detalles en un imaginario archivo, lleno de historietas, cuyo edificio lleva escrito en la fachada “Edipo”, que acumulan (como sucede con el falso privilegio del padre) paradojas cerebrales, que son racionales, malentendidos cardíacos, que son emocionales, y falacias hepáticas, que son pragmáticas.

He nacido en el seno de una familia y he formado otra. No soy capaz de imaginar para mis hijos una vida distinta. Sin embargo, no puedo dejar de pensar que la familia es una forma evolutiva. Un salvaje hubiera podido pensar: ¿qué será de la tribu en una vida colectiva en donde los hijos tienen padres?

¿De dónde surgen, entonces, los celos, la culpa, la rivalidad y la envidia, que denominaste los cuatro gigantes del alma?

La literatura psicoanalítica, comenzando desde sus orígenes freudianos y reparando especialmente en la figura gigantesca de Melanie Klein, ha tendido a considerarlos como derivados de condiciones constitucionales o heredadas. Freud, cuyo verdadero descubrimiento no consistió en lo inconsciente (san Agustín decía: “Lo sabes, pero ignoras que lo sabes”), sino en el retorno de lo reprimido, se ocupó de los retornos que constituían síntomas y enfermedades. Sin

embargo, descuidó que, en primer lugar, la envidia y la culpa, y luego la rivalidad y los celos, configuran cuatro “gigantes” del alma que, lejos de ser trastornos “heredados y constitucionales”, conforman, ellos también, un retorno de lo reprimido, aunque sólo una profunda transformación de la cultura podría llegar a disminuir sus efectos dañinos.

CUARTA PARTE

Hipótesis holográfica

Capítulo VII

Psicoanalizar, arte y teoría

¿Por qué el libro que ahora nos ocupa usa la palabra “psicoanalizar” en lugar de psicoanálisis?

Porque partimos de una idea fundamental que en el libro permanece implícita: a primera vista, se piensa que para psicoanalizar tiene que existir el psicoanálisis y, en realidad, sucede lo contrario. El psicoanálisis existe gracias a que se puede psicoanalizar. El psicoanalizar origina el psicoanálisis, y el psicoanálisis conduce, luego, a que se perfeccione el psicoanalizar.

Pero ¿cómo se puede saber psicoanalizar sin saber psicoanálisis?

Es que, justamente, si el psicoanalizar no fuera una capacidad implícita en el ser humano, no se hubiera desarrollado el psicoanálisis. Por eso hablamos siempre de una abuelita ejemplar que, visitando a su nieto, lo encontró jugando con un amiguito y partió por la

mitad el chocolatín que le llevaba. Esa abuelita no necesitó estudiar psicoanálisis, utilizó una capacidad para psicoanalizar que ya tenía y que se puede incrementar.

Como sucede con la medicina. El ser humano mejora una capacidad que ya tenía.

El insigne psicosomatólogo alemán Victor von Weizsaecker señala que, cuando una niña pone su mano sobre el lugar en que su hermanito sufre un dolor, ese contacto lo alivia. Weizsaecker ve allí, en ese acto espontáneo, el origen de la medicina, Más aún, por una capacidad para “convivir” los sentimientos, que llamamos empatía, que teorizamos con el nombre “contratransferencia” y que los neurocientíficos más tarde localizaron en neuronas que denominaron “espejo”, podemos decir que nacemos con una disposición a sentir el sufrimiento ajeno que, como señala Weizsaecker, nos motiva para tratar de aliviarlo. Aunque, como también subrayó, cuando lo sentimos con intensidad superlativa puede suceder que tendamos a alejarnos.

¿Por qué decís que Psicoanalizar, arte y teoría es, además, un libro para principiantes?

Porque, aunque aborda las cuestiones más elaboradas y difíciles de la teoría del arte y la técnica del

psicoanalizar, estoy convencido de que los principiantes no necesitan hacer el mismo rodeo y recorrer los mismos lugares que recorrieron sus maestros. Aquellos tuvieron que hacerlo para encontrar el camino. Si no fuera porque aprendimos a “cortar camino” atravesando atajos, y porque en algunas cuestiones omitimos transmitir lo aprendido que ha sido superado, no hubiéramos progresado y hoy seguiríamos encendiendo el fuego frotando maderas. Frente a todo lo que nos hace falta aprender, tiene muy poco sentido prepararnos para la eventual desaparición del suministro de la corriente eléctrica.

¿Y cuál sería hoy, entonces, el camino adecuado para aprender psicoanálisis?

Podemos utilizar como ejemplo precisamente las vicisitudes de Freud. Necesitó recorrer todo el desarrollo de una metapsicología de corte “metafísico” (trazada sobre el modelo de la *res extensa*, heredado del dualismo cartesiano) para poder llegar en un compendio, “Esquema del psicoanálisis”, recién al final de su vida, a rechazar enfáticamente el dualismo y sostener que la teoría psicoanalítica se apoya en dos principios fundamentales que, y no por casualidad, suelen pasar desapercibidos. Se trata de dos hipótesis fundamentales acerca de las

cuales nunca dijo, como afirmó de su metapsicología mientras la escribía, que podrían sustituirse sin daño alguno para la teoría.

Es obvio que constituye un exceso innecesario sostener que quienes hoy aprenden psicoanálisis deben incluir en su recorrido los mismos errores que Freud corrigió. ¿Acaso no es función de un maestro evitar, con algunas pocas excepciones, que su alumno incurra en los mismos desvíos que él tuvo que transitar?

¿Podrías mencionar un ejemplo?

Recordemos que, cuando se ocupó de describir las formas de la “conversión” somática, junto a lo que entonces llamó “conversión simbolizante” (en el caso de Isabel de R), mencionó otras dos formas que hoy (luego de la formulación de la segunda hipótesis) se pueden considerar perimidas: la “complacencia somática” y la “conversión mnemónica”.

¿Y cómo debería ser un aprendizaje actual? ¿Cuáles serían los textos que habría que estudiar?

En primer lugar, el Freud de las dos hipótesis fundamentales, porque ese es el mejor esquema teórico de Freud, que logró recién al final de su vida en los

dos artículos de 1938 (“Esquema del psicoanálisis” y “Algunas lecciones elementales de psicoanálisis”). Luego, y desde allí, hay mucho más. Especialmente, sus artículos de técnica y sus historiales más conocidos, porque sus vicisitudes transmiten experiencias imperdibles. Pero también artículos fundamentales de la teoría, como “Tótem y tabú”, “Psicoanálisis de las masas y análisis del yo”, “El yo y el ello”, “Más allá del principio de placer”, “El malestar en la cultura” e “Inhibición, síntoma y angustia”. Porque sin ellos no se logra comprender la amplitud del territorio que abarca el psicoanálisis.

Pero deberá ser poco a poco, porque será necesario, además, recorrer otros autores, dentro de los cuales también habrá que distinguir, con la ayuda de un maestro, entre lo fundamental y lo accesorio, y hacerlo sin desconocer la autenticidad de lo que demanda el apetito del psicoanalista en formación.

El conocimiento ha progresado porque nunca ha sido necesario atravesar todos los puentes recorridos por el viajero anterior. Cuando una madre le enseña a su hija sus habilidades culinarias, no necesita dejar que incurra de nuevo en todos los errores que ella cometió. ¿Qué clase de madre haría lo contrario?

Algo de eso, sin embargo, parece que ha ocurrido, que la formación se haya muchas veces demorado en recorridos que hubieran podido ser obviados.

Es necesario partir desde el lugar al que Freud ha llegado. En esto que acabamos de decir, reside el corazón de *Psicoanalizar, arte y teoría*. Trazar un recorrido que omita lo que no es imprescindible, en lugar de partir desde donde se ha comenzado.

¿Será por eso que la segunda hipótesis, una de las dos únicas que Freud consideraba fundamentales, haya sido tan desconocida?

En parte podría ser por eso, pero también es necesario reparar en aquello que la segunda hipótesis afirma, tropieza con una resistencia muy grande cuya raigambre se hunde en lo que suele denominarse “la noche de los tiempos”.

¿Cómo evolucionó el procedimiento que denominamos psicoanalizar?

Comencemos por subrayar la importancia de tu pregunta, señalando que, de acuerdo con Freud, quienes no recuerden su historia (se trate de personas o de pueblos) vivirán condenados a repetirla.

Freud y Breuer implementaron la *talking cure*, “la cura que se realiza hablando”, un proceso durante

el cual, mediante palabras, sus pacientes histéricas mejoraban sus síntomas, recuperando recuerdos reprimidos y pudiendo expresar los afectos que permanecían ligados con esos recuerdos. Denominaron a lo que sucedía “abreacción del afecto”.

Para lograrlo, era necesario vencer una resistencia (destinada a sostener la represión), que desde entonces se integró como uno de los conceptos fundamentales que influyen en el procedimiento. El psicoanalizar fue el modo en que nació el psicoanálisis, como un conjunto de conceptos vinculados con un ejercicio que fue evolucionando en sucesivos jalones.

El primero de esos jalones fue la hipnosis, y el segundo, la sugestión en estado de vigilia. Freud los utilizó muy poco tiempo. El tercero, denominado “asociación libre”, se continúa usando todavía.

¿Cómo describirías la asociación libre?

Nuestras asociaciones no son “libres”, sino que están condicionadas por distintas circunstancias, pero se denominan de ese modo para subrayar que, libres de toda crítica, se deben expresar en palabras. La sesión de psicoanálisis debe comenzar “desde el paciente”, sin que el psicoanalista interfiera ese proceso con intervenciones prematuras, aunque es importante que conserve una “atención flotante” que

equivale a la asociación libre del paciente, y que le ayudará a captar lo que conviene interpretar.

Muy pronto, Freud descubrió la “transferencia”, como tendencia a sustituir una persona anterior con la persona del médico, con el que tenderá a revivir algo de lo que no logra recordar.

¿A qué se debe que suceda de ese modo?

A que el psicoanalista “está allí”, es decir que es la persona que, en ese momento, excita los “signos de cualidad” que denotan una presencia sensorial.

Freud descubrió así, por vez primera, la transferencia, en una de sus formas, como un “cese” en la comunicación de “asociaciones libres”, y por eso se propuso interpretar la transferencia sólo cuando “desaparecieran” las asociaciones libres.

Pero eso se modificó más tarde.

En el epílogo del historial de Dora, descubre su error. Melanie Klein asume decididamente el permanente análisis de la transferencia, desde el comienzo del tratamiento, y muy pronto se llegó a comprender que la transferencia, como resistencia, escondía una transferencia inconsciente resistida.

En aquel entonces, junto a los analistas kleinianos, hubo otros que persistieron en la posición que

Freud sostuvo antes de escribir el epílogo del historial de Dora.

Cuando Racker desarrolla sus investigaciones sobre los significados y usos de la contratransferencia, subrayando especialmente su carácter de contrarresistencia, señala, sin embargo, que lo que ocurre en la sesión de psicoanálisis es el producto de una “bipatía” que deberá ser elaborada por el psicoanalista y su paciente.

Fidias Cesio y su grupo de discípulos insistirán luego, decididamente, en el uso permanente de la contratransferencia como parte imprescindible del psicoanalizar.

Es decir que con la contratransferencia sucedió lo mismo que con la utilización de la transferencia.

Dado que la transferencia “flota” en el ambiente antes de que el paciente hable, puede también pensarse que el paciente capta la contratransferencia antes de que el psicoanalista interprete. Por este motivo, algunos de los discípulos de Cesio sostuvimos que la contratransferencia es el verdadero agente terapéutico. La contratransferencia actúa como la patada del futbolista que pone la pelota en el arco, y la formulación verbal de la interpretación que se pronuncia actúa como la palabra gol que el jugador exclama. Esto condujo a comprender que las

transferencias recíprocas constituyen la esencia de un proceso que sólo puede ser auténtico a través de un crecimiento compartido.

La práctica continua de la actitud kleiniana, caracterizada por la permanente referencia a las vicisitudes de la relación entre el paciente y su psicoanalista, condujo muy pronto a que en la sesión no se hablara de otra cosa, y a que la situación creada generara en el paciente y en su psicoanalista la sensación de un círculo vicioso.

Buscando evitar ese tipo de clausura, intentábamos entonces una interpretación indirecta de la transferencia, con la verbalización de los afectos reprimidos, utilizando los personajes del relato o a través de otras representaciones. Nos apoyábamos en la afirmación freudiana de que una de las primeras formas de hacer consciente algo resistido es proyectarlo y que retorne como percepción exterior. Nos proponíamos, además, de ese modo, que el paciente pudiera elegir el momento en que fuera capaz de tolerar la presencia, en el aquí ahora, de algo fuertemente resistido.

También procuramos utilizar una interpretación “nominativa” que, huyendo del aquí y ahora y acercándose a la ubicuidad de lo inconsciente, nombrara los afectos reprimidos que, pugnando para acceder

a la conciencia, constituían el “punto de urgencia” que determina la eficacia de toda interpretación.

Comprendíamos que, dada la profundidad del vínculo inconsciente que se establece en el proceso psicoanalítico, el punto de urgencia siempre sería un punto compartido.

Capítulo VIII

La interpretación inclusiva

¿Cuál es el principal motivo entre los que conducen a desaconsejar la interpretación “en el aquí y ahora”?

En 1974, Cesio escribe en “Mi contribución al psicoanálisis”:

Las características que posee la transferencia, tal como se presenta en la clínica, nos señalan el objeto de la interpretación y las reglas de la formación de la misma [...] [se] ha difundido entre nosotros la idea de que la interpretación debe hacerse en el aquí y ahora, sin embargo la idea del aquí y ahora implica temporalidad, mientras que la transferencia-contratransferencia es en parte inconsciente y por ello atemporal. ¿Cómo resolver entonces este problema? Habría que pensar en una formulación conceptual que pudiera incluir este carácter atemporal de la transferencia-contratransferencia, ya que la interpretación en términos del aquí y ahora, al suponer un tiempo muy definido, implica

una negación parcial de la temporalidad de lo inconsciente que buscamos hacer consciente. Por eso creo valioso sustituir la formulación conceptual en términos del aquí y ahora por otra que integre de alguna manera la idea de la atemporalidad de lo inconsciente que se manifiesta en la transferencia-contratransferencia. Para expresar esta conceptualización considero útil el empleo del tiempo presente, ya no con el valor del presente temporal del aquí y ahora, sino con el valor del presente atemporal que atenúa los límites entre los tiempos y entre el tiempo y lo atemporal inconsciente.

Sus elocuentes palabras subrayan la necesidad de una interpretación inclusiva, qué “habría que pensar”, que respete el presente atemporal, que rige lo inconsciente y que se opone a la cronología implícita en el “aquí y ahora”.

Procurando progresar en la dirección que Cesio propone, comprendimos que el psicoanálisis se ha dedicado explícitamente a interpretar lo inconsciente desde un proceso secundario explicativo y racional que condujo hacia las etapas que aquí describimos y hacia la consciencia de que es necesario interpretar con la participación del proceso primario. Reparamos, entonces, en que era necesario tener en cuenta el presente atemporal y el proceso

terciario, durante el origen de la interpretación en la que, en lugar de dejarlo librado a la casualidad, debemos hacerlo en una forma deliberada que se puede mejorar estableciendo algunas conclusiones.

Nos ayuda lo que afirma Lewis Thomas, acerca de la existencia de cuatro lenguajes, en *The Fragile Species*.

El primer lenguaje consiste en pequeños enunciados que indican una presencia, marcan un territorio o demandan una acción. En la sesión psicoanalítica, forman parte de los exteriores del encuadre y se usan para establecerlo o mantenerlo.

El segundo lenguaje, que se ejerce en diferentes idiomas, es el lenguaje ordinario, producto de una manera de concebir el mundo. Se dirige hacia un intercambio de pensamiento, con palabras que funcionan como metáforas que procuran transmitir lo que transcurre en la actualidad de lo enunciado. Suele pensarse, equivocadamente, que constituye el lenguaje mediante el que se ejerce la interpretación psicoanalítica.

El tercero ensambla conceptos en un lenguaje científico y universal, que encuentra un elocuente paradigma en las formulaciones matemáticas. En la sesión psicoanalítica, interviene en el trasfondo teórico del psicoanalista como un sustento racional de su labor.

El cuarto es la poesía, como *poiesis*, es decir, como una creación que, lejos de los límites que la rima o

la cadencia imponen, se diferencia, como las matemáticas, del lenguaje ordinario y nace de la necesidad de compartir una emoción. Aunque durante la sesión psicoanalítica debería ser un objetivo hacia el cual procuremos acercarnos, sólo suele suceder algunas veces, como un producto espontáneo de la casualidad.

Durante muchos años, pensamos que el “efecto” de la interpretación, su capacidad para “hacer consciente” algo inconsciente, dependía de una supuesta “exactitud”, derivada del significado semántico y “objetivo” de las palabras pronunciadas. Sólo de manera paulatina se nos fue revelando, poco a poco, lo que culminó en la conciencia de la necesidad de una interpretación inclusiva, acorde con lo que nos transmite Chuang-Tzu: “El anzuelo existe para el pez. Una vez obtenido el pez puedes olvidar el anzuelo. La trampa para conejos existe para el conejo. Una vez obtenido el conejo puedes olvidar la trampa. Las palabras existen para el significado. Una vez obtenido el significado puedes olvidar las palabras. ¿Dónde puedo encontrar un hombre que haya olvidado las palabras para poder hablar con él?”.

Una vez obtenido el significado, la pretendida necesidad de elegir palabras “exactas” desaparece, y las palabras “sobran”, como lo demuestra la elocuencia con la cual suele expresarse una persona

indignada o alguien que describe las cualidades de la persona que ama.

Lo que llamás interpretación inclusiva ¿marcha en esa dirección?

En 1974, Cesio también la denominaba inclusiva. Se trata de una interpretación que apunta a la ubicuidad del presente atemporal (un presente “distinto” que, más que kairológico, es ucrónico).

Cuando logramos “cortar camino” de ese modo y accedemos en forma directa a un sentimiento *que es ubicuo* y que posee, como consecuencia, la capacidad de generar una convicción que es muy difícil, si no imposible, generar en el “aquí y ahora”, evitamos, al mismo tiempo, que el paciente desatienda lo que siente, refugiándose en la racionalidad de un argumento.

No obstante la ubicuidad que constituye lo fundamental de esta técnica, cada sesión configura una oportunidad, única “en sí misma” (como lo son todos los instantes de una vida), que funciona como un representante del punto de urgencia compartido.

Para trabajar con esta “técnica” (que denominamos “inclusiva”, por su privilegio de la ubicuidad), es necesario que el psicoanalista comprenda que deberá concentrarse en procurar utilizar esa oportunidad singular. Una vez pronunciada la

interpretación, es imprescindible un silencio posterior suficiente, para permitir que su significado “repercuta” en el paciente, como en el trueno, que tarda más en llegar, parece repercutir el relámpago que arroja un rayo. Cuando el psicoanalista interviene para corregir o ampliar lo que ha dicho, no sólo le quita convicción a lo que ha puesto en palabras, disminuyendo su efecto, sino que además tiende a cancelar y sustituir su formulación anterior.

La oportunidad que una sesión otorga, una vez utilizada, ya no podrá ni deberá ser corregida. Sólo una vez que ha transcurrido “un tiempo de decantación” suficiente, que suele ser el que media entre una sesión y la que sigue, recuperaremos la oportunidad de interpretar nuevamente.

Dos metáforas pueden ilustrar la vigencia de este requisito. Una proviene del proceso digestivo. Es imposible volver a comer inmediatamente después de haberlo hecho, hasta que no retorne el apetito luego de haber asimilado el alimento, o de que hayan cesado los efectos de la indigestión que lo ingerido produjo. Encontramos la otra en lo que sucede si, cuando una pareja de novios se encuentra un sábado por la noche, para compartir una cena, él la ofende diciéndole, mientras ella esperaba un elogio, que el nuevo corte de pelo no le queda muy bien. No cabe duda de que, para poder disfrutar del

encuentro, habrá que esperar a que “se le pasen” el enojo o la conmoción que humedece sus ojos.

¿Por qué denominaste holográfica a la hipótesis implícita en tu manera de concebir el arte y la teoría del psicoanalizar?

Franz Kafka, en un relato, “La verdad sobre Sancho Panza”, que forma parte de su *Prometeo*, escribe:

Sancho Panza, que por lo demás nunca se jactó de ello, logró con el correr de los años, mediante la composición de una cantidad de novelas de caballería y de bandoleros, en horas del atardecer y de la noche, apartar a tal punto de sí a su demonio, al que luego dio el nombre de Don Quijote, que este se lanzó irrefrenablemente a las más locas aventuras, las cuales, empero, por falta de un objeto predeterminado y que precisamente hubiera debido ser Sancho Panza no hicieron daño a nadie. Sancho Panza, hombre libre, siguió impasible, quizás en razón de un cierto sentido de la responsabilidad, a Don Quijote en sus andanzas, alcanzando con ello un grande y útil esparcimiento hasta su fin.

Reflexionando sobre esas palabras de Kafka, me di cuenta de que, más allá de las numerosas razones que pueden aducirse como motivaciones de la vocación que conduce a elegir profesar el psicoanálisis,

había llegado, por fin, a descubrir lo que se me presenta como una última e irreductible respuesta a la pregunta “¿por qué soy psicoanalista?”.

Qué otra cosa sino la necesidad de ver allí, “proyectado” en el paciente que ocupa el diván, ese nuestro externalizado demonio que, como diría Gustavo Adolfo Becker, no nos deja dormir, en nuestras noches sin sueño, pidiéndonos, con contorsiones y movimientos, que le otorguemos vida, sacándolo del limbo dentro del cual habita.

Lo que denominamos *hipótesis holográfica* no se apoya en el hecho de que un holograma es un efecto fotográfico “tridimensional” que se produce mediante la luz polarizada. Una holografía, tal como se percibe “en el aire”, como algo tentador e inaferrable, que “atravesamos frustrándonos” cuando intentamos acariciarlo o sostenerlo, constituye una preciosa metáfora que nos ayuda a representar lo que consideramos como el último e irreductible motivo de nuestra profesión. Por eso la elegimos “holográfica”, para denominar a la hipótesis que reúne lo esencial acerca de aquello que en el arte y la teoría del psicoanalizar nos convence.

